

*Cambios en la religión maya,
desde el período clásico a los tiempos
de Hernán Cortés*

MIGUEL RIVERA DORADO

(Universidad Complutense de Madrid)

Ningún investigador de la cultura maya prehispánica ha dejado de observar las profundas transformaciones que se producen en el ámbito ideológico después de finalizar el período Clásico. Multitud de rasgos que eran reflejo fiel de las creencias religiosas, o del pensamiento subyacente a un determinado orden político y social, desaparecen del registro arqueológico, son relegados a contextos de menor importancia o significación, e incluso sufren tales modificaciones formales que es imposible suponer invariable la función a que antaño estuvieron destinados. Eso sucede, por mencionar sólo unos pocos ejemplos, con las representaciones humanas en los monumentos pétreos, con la disposición y características de las inscripciones jeroglíficas, con las anotaciones cronológicas, con el tratamiento de los cadáveres, con la cantidad y calidad de los elementos simbólicos en los templos o pirámides, y con la distribución del espacio en los recintos sagrados de los núcleos urbanos. Un recorrido meticuloso por Tikal y Chichén Itzá, Uaxactún e Izamal, o Palenque y Mayapán, con el correspondiente cotejo de edificaciones y demás vestigios antiguos, pondrá inmediatamente de manifiesto que, en la innegable continuidad de la cultura maya, se han introducido sensibles cambios que afectan a la imagen del mundo y de la sociedad, lo cual se debe traducir por cambios simultáneos en las pautas de comportamiento y en las relaciones entre los miembros de la colectividad.

Es nuestra intención mostrar a lo largo de este ensayo las conexiones de las ideas religiosas más evidentes con las unidades étnicas y de parentesco que poblaban la península de Yucatán en

los dos momentos cruciales de su historia; haciendo dos cortes temporales modélicos esos momentos serían, por ejemplo, el siglo VIII y el siglo XV.

Creemos que la uniformidad en la expresión religiosa que se comprueba por doquier antes del hundimiento de la civilización clásica se debe a un sistema político de tipo despótico, centralizado, que se legitimaba mediante el culto a los antepasados divinizados de la dinastía o linaje gobernantes. La regla generalizada de matrimonios entre los grupos de parientes reinantes fue convirtiendo el territorio de las tierras bajas en un mosaico de lazos familiares (cf. Molloy y Rathje, 1974; Adams, 1977), situación no muy distante a la que se conocía en Europa durante la pasada centuria —y aún subsiste parcialmente en los países monárquicos— cuando los asuntos políticos y dinásticos se hallaban fuertemente entremezclados. Por otro lado, pensamos que la irrupción de grupos extraños al orden y la tradición clásicos —putún, nonoalcas, mexicanos, o como se prefiera denominarlos— desde el siglo X, incluso antes quizá, provocó la ruptura de aquella homogeneidad en tanto en cuanto aumentaron las unidades étnicas perfectamente diferenciadas —hasta en la lengua, por ejemplo— y no jerarquizadas, en competencia por el predominio sobre las restantes y tratando de imponer sus formas de vida y sistemas de valores. Por supuesto, al decir unidades no jerarquizadas nos estamos refiriendo al conjunto de todas ellas, a su autonomía relativa, y no a la estructura interna de cada una en particular. Esos grupos afianzaban su identidad, condición esencial para la supervivencia política, en los cultos y rituales de los númenes tutelares, ancestros que habían fundado la comunidad en un remoto tiempo mitológico y habían enseñado a las gentes los principios de la cultura. Esa distinción de costumbres religiosas, de divinidades y ejercicios litúrgicos, debe servir para delimitar los grandes clanes o tribus del período Postclásico. En el espacio de que disponemos aquí, parece conveniente centrar el análisis sobre los cultos a los principales dioses, y postergar lo referente a las prácticas ceremoniales y al simbolismo secundario de las manifestaciones artísticas.

LOS DIOS ABSOLUTOS

Las primeras representaciones que pueden identificarse como divinidades proceden de Belice y del Petén. Se trata del dios solar

que aparece en los sitios formativos de Cerros, El Mirador y Tikal. No es de extrañar que cuando la sociedad de las tierras bajas empieza a constituirse en jefaturas o estados, con un poderoso gobernante al frente, nazca una nueva religión con la finalidad primordial de justificar el orden establecido y dar razón de la autoridad sobresaliente, legitimando así su peculiar forma de ejercer el poder y el lugar que ocupa en la escala de rangos el personaje que detenta el cargo. Ninguna metáfora mejor para expresar el carácter de esa figura que el sol, la fuerza superior del firmamento, causante con su movimiento del semblante y la armonía del cosmos, dador de la luz y el calor, es decir, creador de la vida. El rey maya, que surge con la civilización en el Formativo Tardío, será ya siempre, durante doce siglos de evolución cultural, considerado el sol de su pueblo, su biografía será equiparada al itinerario del astro cegador, su majestad y vigor a la solemne energía que dimana del disco amanecer tras amanecer. Cuando el rey muera, bajará al inframundo del mismo modo que lo hace en el crepúsculo diario el sol, y luego de una violenta refriega con las potencias tenebrosas, renacerá como el sol, igual que sucede con los héroes Hunahpú e Ixbalqué en el poema mitológico de los quichés.

No puede tener otra explicación la insistencia con que los artistas clásicos dotaron a los monarcas de símbolos solares. Es frecuente ver el signo de las bandas cruzadas en las estelas y otros monumentos (T-552 que implica, según nuestra manera de pensar, la idea del mundo, con los extremos por donde sale y se pone el sol en los solsticios, con un punto de encuentro central que indica el eje vertical y de comunicación entre las regiones cósmicas, y que pudo dar origen al T-544, el famoso glifo cuatrilobulado que la deidad suele llevar sobre la frente), por ejemplo, en la estela 1 de Chinikihá, la estela 13 de Piedras Negras, el dintel 6 de Yaxchilán, la estela 2 de Dos Pilas y la estela 2 de Polol. Otras veces son los rostros del dios, e incluso su figura completa, como en el tablero del Templo del Sol de Palenque, en el sarcófago del rey Pacal en el Templo de las Inscripciones de Palenque o en la tumba de la estructura B-4 de Altún Ha. La prueba culminante es sin duda la lápida de la cripta del Templo de las Inscripciones, pues en ella se labró en relieve la imagen del difunto rey, que cae hacia el país de las sombras transfigurado en el antepasado fundador (el dios K, del que hablaremos más adelante), mientras parece que es engullido por unas fauces donde está el mascarón descarnado del sol del inframundo, con su signo de cuatro pétalos en la banda fron-

tal. También la máscara de mosaico de jade, probable retrato de Pacal colocado sobre la faz del cadáver, representa al dios solar con su inconfundible incisivo superior central en forma de T. Palenque es la ciudad del sol, tal vez del sol agonizante, como ha sugerido Linda Schele (1980), porque en sus edificios se repite sin cesar el símbolo *ik* que constituye la dentadura del dios, el aliento del sol, el aire de vida. Otro elemento éste relativamente frecuente a su vez en los atuendos reales, sobre todo en los pectorales, calificando a los señores de dispensadores de la vida. La T de la boca divina está, por ejemplo, en la estela 9 de Yaxchilán, la estela 3 de Machaquilá y las escaleras de la estructura 11 de Copán.

El rey maya, por tanto, es el sol sobre la tierra, y también, consecuentemente, el hijo del cielo, ya que en toda la mitología mesoamericana el sol y la luna nacen de la hierogamia primordial, la que funda el mundo, la inefable unión del cielo y la tierra (cf. Rivera, 1982). Debido a ello, porta en sus manos la llamada «barra ceremonial», que no es otra cosa que la banda celeste, serie de signos que indican seguramente cuerpos siderales, ornada en ambos extremos, para que no quepan dudas, con las cabezas draconianas que son igualmente metáfora figurativa del firmamento. Así lo podemos contemplar en la cima de su gloria y majestad, representado en las estelas 9 y 10 de Seibal, la estela C de Copán o, de mayor antigüedad, la estela 1 de Tikal.

El último de los tres grandes dioses dinásticos o políticos, núcleo de la religión oficial en las tierras bajas centrales durante el período Clásico Tardío, es el llamado dios K, una extraña figura caracterizada porque lleva incrustado en la frente un tubo del que brotan llamas o volutas de humo; a veces, ese tubo es claramente un hacha. Nuestra opinión es que tal personaje da apariencia a una divinidad del fuego y de las tempestades, probable antepasado de los linajes gobernantes en varias ciudades del Usumacinta, muy especialmente Palenque. No podemos entrar aquí a discutir con detalle este punto de vista (cf. Rivera, 1985, en prensa), ni la variedad de representaciones del dios que pueden ser advocaciones o incluso distintos seres sobrenaturales (cf. Robicsek, 1979a; 1979b, 73-107; Guliáev, 1984; Knorozov, 1982, 15), pero existen múltiples referencias a K como origen de una línea genealógica noble, es decir, el dios GII de la Tríada de Palenque descubierta y estudiada por Berlin (1963). En la iconografía, al aparecer lo mismo en el cielo que en el infierno, K se asimila a los astros que mueren periódicamente y que retornan después a las alturas: el sol, la luna

y Venus, todos ellos padres y ancestros de la humanidad o de ciertos sectores sociales. Lo importante ahora es que esta divinidad es un principalísimo símbolo de poder y autoridad, sale en ocasiones de las fauces de los dragones de la barra ceremonial, pero sobre todo es la grácil efigie que tiene una pierna alargada y terminada en serpiente, mango que sostienen los monarcas para elevar frente a sí el llamado cetro-maniquí. La asociación con el ofidio es la misma que en las barras y significa siempre la localización celeste del dios, supuesta residencia final de los antepasados y de los propios reyes al término de su viaje de ultratumba (por ejemplo, admitiendo que son de ancestros deificados las imágenes antropomorfas que aparecen en lo alto, sobre los gobernantes, en las estelas 4, 29 y 31 de Tikal). Buenos ejemplos de este ser sobrenatural los tenemos en el tablero del Templo XIV y en bastantes relieves de estuco de los pilares de los edificios palencanos, y ya hemos dicho que el gran Pacal se transfigura una vez difunto en su ilustre ascendiente; también los dinteles 1, 42, 52 y 53 de Yaxchilán, la estela 21 de Seibal o la estela 3 de Machaquilá, entre otros muchos que se pueden extender hasta Dzibilchaltún (estela 19) en el extremo noroeste de la península.

No vamos a mencionar otros dioses clásicos menos destacados o cuya afiliación dinástica resulta más dudosa. A pesar de lo poco que se sabe aún de la religión maya de los siglos de apogeo, es posible apuntar tales relaciones en GI y GIII (éste una versión casi segura del sol del inframundo), y quizá en el denominado diosbufón; la investigación irá despejando estas incógnitas los próximos años. Lo significativo es que si exceptuamos las pocas divinidades citadas, de las que contamos con representaciones, poco más se puede añadir del panteón clásico. Sabemos que los monarcas eran venerados, que debió existir un culto a las estelas —o mejor, a los retratos de los señores esculpidos en ellas— y conocemos igualmente, gracias a los recientes estudios de iconografía cerámica, que el reino de los muertos estaba poblado de multitud de inquietantes seres (cf. Coe, 1978), proclives al mal o de repulsivo aspecto, de los que ya poseíamos una lista en el Popol Vuh.

Por tanto, los tres dioses supremos del período Clásico debemos suponer que fueron el sol, el cielo y K, concebidos, claro está, de una u otra manera, pero no con la simpleza de una mera reducción figurativa, antropomorfa o zoomorfa, de partes del universo o fenómenos de la naturaleza. Queremos decir que detrás de esas imágenes plásticas hay una larga cadena de conceptos que lleva

a la cosmovisión de los sabios del Mayab, a la explicación y legitimación de la estructura social, y a los pasos que dieron miles de individuos en las tierras bajas para construir su realidad. Ahí es donde tendremos que escudriñar los cambios ocurridos luego del hundimiento de la civilización en la región central. Y, a este respecto, una cosa resulta en principio probable: que esas tres divinidades perduraron y que recibían en el siglo xv los nombres de Kinich Ahau, Itzamná y Bolon Dzacab.

LOS DIOSES FAMILIARES

El movimiento de pueblos con que se abre el período Postclásico produce casi de inmediato la confusión de grupos étnicos y grupos de parentesco. Afianzada la identidad de los invasores, y por ende su supervivencia cultural y hasta física, en la estrecha unión de los componentes de las comunidades, son precisamente los lazos parentales los que actúan de estímulo para la cohesión, la solidaridad y la integración sociales. Si tales funciones son constanciales a la relación entre parientes, en Yucatán alcanzan categoría de normas paradigmáticas dentro de la ideología religiosa, de poder o territorial. Cuando desembarcan los españoles, la mitad septentrional de la península, donde había tenido lugar la más alta concentración demográfica y se habían sucedido los episodios políticos relevantes durante el siglo xv, estaba dividida en «señoríos» (sobre los que gobernaba un halach uinic) y «cacicazgos» (sobre los que gobernaba un batab). En maya se encuentra a veces la palabra *cuchcabal*, que indica lo mismo una comarca o región que el sentimiento de la sujeción política a una entidad territorial o cabecera. Los españoles llamaron a todas esas jurisdicciones ocupadas por gentes afines —tanto si eran grandes o pequeños estados— «provincias», y algunos autores consideran la existencia de al menos dieciséis de ellas. Allí ejercían el máximo poder, por lo general, determinados patrilinajes —el término maya es *chibal*—, que ocasionalmente llevaban igual nombre que el país. Veamos la lista de los principales (Roys, 1957):

<u>Linaje</u>	<u>Provincia</u>
Couh	Chanputún
Camul	Canpech
Canul	Ah Canul

<i>Linaje</i>	<i>Provincia</i>
Xiu	Maní
Cocom	Sotuta
Iuit	Hocaba
Pech	Cehpech
Chel	Ah Kin Chel
Cochuah	Cochuah
Cupul	Cupul

En otras provincias cada pequeño asentamiento estaba regido por un linaje diferente que sólo dominaba los alrededores, aunque también había linajes que gobernaban lugares distantes, y confederaciones de poblados y ciudades. Nuestro interés se centra ahora, sin embargo, en las unidades de parentesco mayores, relativamente localizadas y que ocupaban generación tras generación los cargos de autoridad en un *cuchcabal*. Un repaso apresurado a las *Relaciones de Yucatán* arroja el siguiente censo de divinidades adoradas en el territorio de cada *chibal* (Relaciones, 1983):

<i>Dioses</i>	<i>Linajes</i>	<i>Poblados</i>	<i>Provincias</i>
Kinich Kabul	Xol	Izamal	Ah Kin Chel
Kinich Kakmo	Mo	Izamal	Ah Kin Chel
Cit Ah Coyí	Coyí	Izamal	Ah Kin Chel
Cit Ah Cutz	Cutz (?)	Izamal	Ah Kin Chel
Hunpic Dziu	Ceh (?)	Tahdziu	Maní
Zaciual	Cupul (?)	Saci	Cupul
Ek Balam	Balam (?)	Ekbalam	Cupul
He Blay Chac	Balam (?)	Ekbalam	Cupul
Chaac	Xoc (?)	Xocen	Cupul
Tekom	Dzul (?)	Tekom	Cupul
Chocholá	Yam (?)	Chocholá	Cupul
Chaac	Cochuah	Tihotzuc	Cochuah
Chaac	Cochuah (?)	Chikindzonot	Cochuah
Itzamná	Cauich (?)	Kanpocolché	Cochuah
Ixkanleox	Cauich (?)	Kanpocolché	Cochuah
Ix Chel	Pat (?)	Cozumel	Cozumel

Nosotros coincidimos con Roys (1957, 80) y con Tozzer (1941, 173) en que los cuatro primeros nombres sagrados fueron antepa-

sados fundadores de los patrilinajes Xol, Mo, Coyí y Cutz, y en estos últimos casos parece sumamente probable puesto que la voz *cit* sustituye en ocasiones a *yum* para significar reverencialmente padre (*Dios Citbil* en lugar de *Dios Yumbil*, por ejemplo). Tales grupos debieron establecerse y residir en la región de Izamal antes de que el sacerdote Chel, que da origen al linaje conocido de los cheles y nombre a la provincia, saliera de Mayapán a mediados del siglo xv para ocupar con sus seguidores un territorio en la costa norte. Kinich Kabul y Kinich Kakmo son seguramente advocaciones de Itzamná, dios supremo y polifacético que parece absorber el sentido último de todos los seres sobrenaturales que habitan el piso superior del cosmos. No olvidemos que en los rituales de año nuevo el dios era impetrado bajo el apelativo Itzamná Kauil (en los años Kan), o Yax Cocah Mut (años Muluc), o Kinich Ahau Itzamná (años Ix), y que se le llamaba también *kabul*, es decir, artífice, creador. Precisamente Yax Cocah Mut (¿el verdépájaro-tortuga?) era uno de los ídolos principales adorados en Tayasal en tiempos del viaje de Hernán Cortés a las Hibueras. Eso quiere decir que numerosos linajes —entre los cuales, sin duda, los de alto rango— podían reclamar a Itzamná como primer antepasado, pero a través de las muchas funciones especializadas o títulos particulares que reunía la deidad. Interesante es también apuntar aquí que en el centro ceremonial de Izamal había, además del templo piramidal dedicado a Kinich Kakmo, con seguridad el mejor conocido arqueológicamente (cf. Lincoln, 1980), otros erigidos para rendir culto a los ancestros de los restantes grupos de parentesco principales, y entre ellos uno denominado Papol Chac (literalmente, «el Chac que rompe cabezas»), alusión a un famoso dios yucateco de la lluvia y las tormentas.

Hunpicdziu o Hunpicdzib (ocho mil tordos u ocho mil letras) parece ser el ídolo local de un grupo establecido en Tahdziu y tributario de los Xiu de Maní. El nombre recuerda el vocablo corriente para expresar muchedumbre o número elevadísimo. Se dice que en Izamal había un dios llamado Hunpictok (ocho mil o innumerables pedernales), y en el *Ritual de los Bacabes* se menciona a Hunpic ti Ku (ocho mil dioses o, tal vez, «todos los dioses») en una de las fórmulas curativas (Roys, 1965, 150). Cabe la posibilidad de que el patrilinaje que veneraba a este extraño personaje sagrado fuera el Ceh, pues en 1562 el gobernador del lugar era Diego Ceh, que fue puesto en prisión por llevar a cabo prácticas idolátricas (Roys, 1957, 77).

Zaciual o Ah Saciual era el ídolo principal del poblado de Saci cuando los españoles trasladaron allí la villa de Valladolid desde Chauaca en 1544. Puesto que el Batab de Saci era a la sazón un tal Ah Tzuc Cupul, debemos suponer que la divinidad adorada en el sitio era el antepasado de una rama de los Cupul, lo que resulta lógico dada la gran influencia de los cupules en el territorio y la presencia del linaje mayor o clan en numerosos lugares. No obstante, cabe la posibilidad de que el dios estuviera en Saci a la llegada de los cupules —se dice que Kukum Cupul era uno de los jefes guerreros que vinieron de México— y que represente, por ejemplo, al prominente linaje de los Noh, al que pertenecía el capitán del ejército indígena en la época de la conquista. Saciual puede significar «el gavilán blanco hijo de la mujer»; de su naturaleza y funciones no tenemos noticias, pero tal vez tenga alguna relación con Sacalpuc, un antepasado fundador del linaje Kauil de Sisal, poblado cercano a Saci, que se supone fue también uno de los invasores extranjeros de Yucatán. Thompson se inclina a creer que Sacalpuc era el dios tutelar de los Cupul en su conjunto, el primero que ofreció posol a Chac, o sea, el que condujo a su pueblo a través de la península hasta la costa septentrional. Recordemos que Sacalpuc —que Thompson traduce «cerro blanco», pero que puede leerse igualmente como «agua turbia blanca» e incluso «el que deshace la tierra blanca»— es uno de los cuatro gobernantes de la tierra citados en el *Chilam Balam de Chumayel* como cabezas de los linajes procedentes del cielo (los otros son Holtún Balam, Hochtún Poot y Ah Mex Cuc Chan, todos ellos, al parecer, viejos invasores del período tolteca, y el último sin duda el ancestro de los Cauich, el linaje del celeberrimo conquistador de Chichén Itzá, Hunac Ceel), y que esos libros sagrados convierten continuamente a los grupos foráneos en protagonistas de la historia de la península (cf. Thompson, 1970, 317; Roys, 1967, 147).

En el poblado de Ekbalam debió habitar un grupo de gentes con anterioridad al establecimiento de los cupules, portadoras de patronímicos que no sabemos con certeza, pero cuyo linaje principal sugerimos que se denominaba Balam. Sus antepasados fundadores fueron Ekbalam (por otro nombre Coch Cal Balam) y He Blay Chac. Ekbalam, que quiere decir jaguar negro, es probablemente uno de los cuatro Balamob o Yum Balamob que protegen las aldeas en el papel de guardianes colocados en las cuatro entradas orientadas a los puntos cardinales, el del oeste quizá por su conexión con el color negro. Coch Cal Balam es un título o so-

brenombre correspondiente al personaje, que se puede traducir por «jaguar de voz grave». He Blay Chac es un apelativo del dios de las tormentas que significa tal vez «el Chac que abre» (¿la tierra?, ¿los caminos?), o bien, leído H-Bla Chac, «el Chac que interpreta o infiere». No es la única referencia a Chac en el país de los cupules, según veremos enseguida. Diego de Landa (1985, 110-111) menciona a un dios Ek Balam Chac en las ceremonias del año Cauac, junto a otro Ah Buluc Balam, aparentemente nombres de antiguos señores, héroes divinizados.

Chac o Chaac es uno de los grandes dioses yucatecos, bien conocido por medio de abundantes fuentes documentales. Se cree por lo común, además, que los mascarones de piedra que suelen ornamentar las fachadas de los edificios del período Clásico Tardío, y aun Postclásico, en muchas ciudades arqueológicas de la región norteña, representan a esta deidad, mezcla de serpiente y tapir en la iconografía monumental, a la que habrían rendido los mayas un culto exagerado debido a la necesidad de agua de lluvia en que se encontraban al habitar un área de mediana pluviosidad y sin corrientes superficiales. La propia voz significa aguacero, junto a rojo, grande y fuerte. El *Diccionario de Motul* recoge la opinión de que «fue un hombre así grande que enseñó la agricultura, al cual tuvieron después por Dios de los panes, del agua, de los truenos y relámpagos». Es decir, un remoto héroe cultural deificado cuya función debió ser absorbida en el Petén y el Usumacinta por otros dioses situados también en el estrato celestial, si no fue realmente una forma especializada del dios solar.

En efecto, los descubridores del entierro 195 de Tikal hallaron cuatro estatuillas de madera que llevan en la frente el hacha característica que Chac enarbola a menudo en los códices. Como es igualmente el hacha que aparece clavada en la frente del enigmático dios K, nuestra opinión es que un antiguo dios de la lluvia y la fertilidad de los campos —quizá de origen olmeca— pasó a formar parte del panteón petenero como manifestación de Itzamná y estrechamente conectado con el dios del cetro-maniquí (símbolo de realeza, y el rey, o sus acciones, son causantes de la fertilidad del país). Sin embargo, en Yucatán el culto de Chac fue autónomo, hasta donde es lícito suponer, y tal vez introducido en tiempos de la eclosión Puuc por gentes procedentes de la Chontalpa, que poseían una estructura social diferente a las poblaciones de los estados clásicos de la zona central. En todo caso, resulta interesante la coincidencia entre K, antepasado fundador de

linajes reales, y Chac, que es ascendiente de importantes familias de gobernantes yucatecos. Durante el Postclásico Tardío se llamaba Bolon Dzacab («nueve o muchas generaciones», es decir, punto de arranque de grupos emparentados) al dios regente de uno de los cuatro conjuntos de años, los que comenzaban con un día Kan y estaban asignados al este. Su papel es oscuro, lo mismo que las escasas menciones en el *Chilam Balam de Chumayel*, posiblemente porque Chac, y el propio Itzamná, ocupaban el correspondiente lugar de modo predominante en aquellos aspectos compartidos con K, y así el sentido primitivo y la importancia política aparejada habían casi desaparecido.

En las relaciones de Xocen, Tihotzuc (Tihosuco) y Chikindzonot se dice que Chac era venerado por los indios. Xocen estaba en la provincia de Cupul y los otros poblados en la de Cochuah. Tihotzuc fue uno de los lugares de residencia del linaje gobernante Cochuah —cuyo nombre parece ser que era dado también a un dios, seguramente el tutelar del linaje—, y allí vivió por tanto el halach uinic Nacahum Cochuah. Chikindzonot tuvo gentes principales de los linajes Pot, Chi, Dzib y posiblemente Pat. En Xocen mandaban individuos del linaje Xoc. Con esos datos es muy difícil relacionar a algún grupo de parientes con el dios Chac, cosa que es, por otra parte, bastante lógica dada la extensión y el prestigio del culto prehispánico —y posthispánico— al señor de las tempestades. Estadísticamente, podemos afirmar que los datos proporcionados por los que respondieron a la encuesta de Felipe II concentran a Chac en el país Cochuah y su inmediata vecindad, y que parece significativo que uno de los lugares concretos sea el de la morada del halach uinic.

Al igual que en otros poblados, los de Tekom quizá dieron nombre al paraje por el del ídolo allí adorado. Roys (1957, 132) opina que se trata de un error del encomendero que contesta al cuestionario. Puede ser cierto, pues no hemos encontrado ninguna mención adicional a esa supuesta divinidad.

Otro encomendero y viejo conquistador, Juan Farfán, escribe sobre Kanpocolché y Chocholá, y afirma, haciendo gala de un agudo instinto etnográfico, que los indios rendían culto en tiempo de su gentilidad a Itzamná y a Ixkanleox (aunque existen dudas razonables sobre esta última). De las filiaciones parentales de Itzamná hay que sugerir lo mismo que de Chac: es un dios demasiado importante y público como para ser adscrito a la genealogía de un modesto linaje local, aunque muy bien pudieran ambos ha-

berlo sido a una etnia completa. Igual que el dios de la lluvia, que sin duda era concebido como una de sus manifestaciones, Itzamná fue un héroe civilizador para los yucatecos, es decir, el primer sacerdote que inventó la escritura y los libros, dio nombres a los lugares y dividió la tierra de Yucatán entre las gentes. Sólo de esta manera sería reclamado quizá como antepasado fundador de algún grupo importante, por ejemplo el de los cheles de Izamal. Siendo representación del firmamento, el sol (Kinich Ahau) y los restantes astros y fenómenos que se producen en el espacio superior del universo son únicamente aspectos variables de su grandioso semblante, y de esa manera, por medio de sus múltiples caras, Itzamná puede llegar a ser el dios de numerosas colectividades.

Desde otra perspectiva, Itzamná destaca durante el Postclásico porque forma parte de los ritos calendáricos. Diego de Landa advierte que en los años Kan los indios hacían una imagen de Itzamná Kauil, que en los años Ix hacían la de Kinich Ahau Itzamná y la del propio Itzamná (Landa, 1985, 106-111). Es ahí donde se detectan, entre sus títulos y atributos, las conexiones con el ciclo agrícola y las necesidades de los labradores, con los conceptos de abundancia y fertilidad. Por eso su nombre suele estar próximo en los documentos a los de Chac, Kinich Ahau y Bolon Dzacab.

De Ixkanleox es muy poco lo que se sabe. Una divinidad femenina que para Alfredo Barrera Vásquez (1981, 57-70) es nada menos que el dios E de los códices, señor o señora del maíz, aún invocada en la celebración del chachac en Quintana Roo y a quien los indígenas llaman *cichpan colel* («bella señora»).

Con otra figura femenina terminaremos este breve recorrido por las *Relaciones de Yucatán*. Se trata de Ix Chel, importante divinidad que, por ser la más famosa de las veneradas en Cozumel, puede tener algún lazo con el linaje predominante en la isla, el Pat, o tal vez el Cumux. Ix Chel es diosa de la luna y la tierra, del agua del mar y la de los cenotes y de la superficie terrestre, patrona de los partos y de la medicina, protectora del amor. Es la gran diosa-madre de los mayas tardíos, sin parangón conocido en el período Clásico, al menos en las representaciones monumentales, aunque el *Códice de Dresde* contiene con seguridad imágenes de la que pudo ser idea fundamental de la religiosidad de la época de máximo esplendor, y las vasijas pintadas nos entregan a veces el bellissimo retrato de una mujer protagonista de los mitos allí

desarrollados, que no dudáramos en identificar con la luna (Cf. Robicsek y Hales, 1981, 15-21).

Naturalmente, una deidad femenina no es el adecuado antepasado fundador para un patrilineaje. Tampoco es éste el lugar para discutir las reglas de descendencia de los antiguos yucatecos, pero cabe suponer que ciertos grupos establecían sus nexos de filiación por ambas líneas. Al no existir en los documentos del siglo XVI —hasta donde llega nuestra información— constancia expresa de un dios originario de linaje cuyo sexo no fuera masculino, es inútil llevar más adelante las conjeturas. Tanto el culto a Ix Chel en Cozumel, como el dudoso de Ixkanleox en el ámbito de la encomienda de Juan Farfán, deben ser considerados por ahora dentro de las creencias normales de los pueblos agrícolas y sedentarios y no referencias a la identidad grupal o étnica.

De los cronistas que narraron el estado de las tierras bajas cuando entraron en ellas los españoles, hemos elegido varios bastante famosos. Villagutierre, por ejemplo, afirma que los itzaes del lago Petén adoraban a los dioses Hobo, Pakoc y Hexchunchán, y deja luego claro testimonio de que los principales templos de la isla de Tayasal estaban dedicados a los linajes nobles, el del rey Canek, el de su primo hermano el Kincanek, y el que estaba al cuidado del profeta Tut (Villagutierre, 1985, 449-460). Hobo recuerda a Hobonil, el jefe de las deidades que sostienen el mundo, los Bacabes, patrón de los apicultores y regidor de los años Kan. Thompson (1970, 313) reconoce que los señores de la guerra Pakoc y Hexchunchán pudieron ser antepasados tribales.

Los mayas-choles del Manché tenían, según Tovilla (1985, 727), tres dioses importantes, por nombre Man, Canam y Chuemexchel. El primero debe ser Mam, uno de los muchos seres sobrenaturales del mismo nombre que provocan las tormentas y envían las lluvias, es decir, un Chac sureño. El segundo debe leerse Canán que significa guardián y es un título común de ciertas divinidades que cumplen la misión de proteger la aldea, la milpa o el bosque (Cf. Thompson, 1970, 321 y 349-350). El tercero es quizá Chuen Ix Chel, «artífice Ix Chel», o bien Chem Ix Chel, «la canoa de Ix Chel», o incluso Chuen Ex Chel, «el que hace el taparrabos del arco iris», siempre y cuando aceptemos que esta extraña palabra proviene de Yucatán o puede traducirse en la lengua de la península, ya que no hemos encontrado forma de reconstruirla en idioma chol. Siendo *mam* un término de parentesco lo mismo en yucateco (abuelo) que en chol (nieto/a), también aquí parece haber al me-

nos un ancestro del grupo. Y esas menciones son significativamente frecuentes, pues también en Tayasal las posibles traducciones de Pakoc y Hexchunchán nos remiten a la «huella de la fundación de la localidad» o al «origen o principio del pequeño asentamiento»; dicho en otras palabras, la semántica de los nombres de los dioses tutelares locales, cuando no son claramente epónimos, suele revelar la conexión del grupo allí establecido con sus orígenes fundacionales y con los primeros padres del conglomerado social.

En la carta fechada el 26 de agosto de 1695 en el poblado de Nuestra Señora de los Dolores, y firmada por los franciscanos Antonio Marjil, Lázaro de Mazariegos y Blas Guillén, se dice que los lacandones habitantes de las tierras al oeste del alto Usumacinta veneraban a numerosos ídolos, entre ellos los llamados Zintún, Ahaté, Quizín, Chacmuo, Zainoh, Ahua, Xcacuihalal, Tepecthic, Chua y Taxanitz (Tozzer, 1912, 503). Estos nombres no hacen sospechar que los grandes seres sobrenaturales del período Clásico fueran objeto de culto todavía durante el siglo XVI o el XVII en esta región de las tierras bajas centrales; sin embargo, en algunos se observan coincidencias o variaciones de las denominaciones yucatecas, por ejemplo en ese Chacmuo, quizá Chac Mun o Chac Mu Och haciendo referencia a la juventud del dios o su facultad de dador de los mantenimientos. Otros parecen influidos por las ideas de los nahuas; y los hay, como Quizín o Kisín, que todavía son motivo de devoción en extensas áreas. No es absurdo suponer que bastantes de tales personajes son antepasados de los linajes lacandones.

Diego de Landa no deja lugar a dudas cuando relaciona a Kukulcán con los itzaes y sentencia que en Yucatán lo tuvieron por dios por ser gran republicano (Landa, 1985, 49). Sin saber de cierto, no obstante, cuál era el origen de los pobladores de Chichén Itzá y en qué fecha se establecieron allí los que luego adoraron a Quetzalcóatl, parece harto difícil probar que el caudillo-dios mexicano fue tenido por antepasado fundador. En todo caso, creemos más probable que lo consideraran así otros grupos procedentes con certeza del altiplano de México. Es bien sabido que los Cocom de Sotuta pretendían descender de Kukulcán, y de este linaje lo mismo se puede suponer que fuera mexicano o itzá; el prestigio del dios y la situación política de enfrentamientos entre ramas de conglomerados demográficos que podían tener un origen territorial o étnico común, fueron seguramente factores decisivos

en la reivindicación de determinadas deidades «nacionales». Los itzaes estaban sin duda divididos, al menos en dos grandes contingentes, los que emigraron a la costa oriental y Cozumel, y los que llegaron por el occidente de la península con Kukulcán, y aún antes. Quién sabe si esos dos importantes movimientos de pueblos en el Clásico final y en el Postclásico son los que se reflejan en la tradición de la «gran bajada» y la «pequeña bajada». El punto de confluencia de ambos parece haber sido —de manera real o legendaria— Chichén Itzá, lo que puede obedecer más bien a la sacralidad del sitio y a su fama de antigua fundación étnica que a otras razones de índole política o económica.

Para nosotros la divinidad nacional de los principales grupos que partieron de Nonoalco (el área de habla maya-chontal o la Chontalpa) hacia el norte de Yucatán es Chac. Ya hemos visto que uno de los focos del culto a este héroe civilizador estaba en la provincia de Cochuah en el siglo XVI, lugar elegido preferentemente por los itzaes para fijar sus asentamientos debido quizá a que sus condiciones naturales eran semejantes —tierra de sabanas y lagunas, por ejemplo la de Chichankaknab— a las de su patria originaria, lo que también sucedía en los alrededores de Bacalar-Chetumal, otro punto privilegiado en la migración itzá. Los documentos del juicio de Valladolid de 1618 informan que uno de los jefes que poblaron la costa oriental con sus seguidores se llamaba Cahuikakcamalcacalpus, largo nombre que se puede descomponer en Cahui Kak Camal Cacalpus, y cuya última palabra corresponde a la deidad Sacalpus de la que ya hemos hablado anteriormente (Cf. Peniche, 1985). Por otro lado, en una interesantísima oración de ofrecimiento de las primicias a los dioses del viento, que reproduce Ramón Arzápalo (1980, 141), procedente de Pustunich, existe un indudable nexo entre el señor Ah Itzá y el señor de la nariz larga Yum Bidzini, que el propio autor sugiere —y el contexto indica, como se verá— que puede tratarse de Chac:

Señor mío, Señor Ah Itzá,
te pregunto
al final de tu sendero
en dónde reside el viento
de los dos cerros Ah Ca? mul Ik.
Señor mío, ¿es el Señor de
la nariz larga Yum Bidzini?;
el que se nos presentó

en los cuatro puntos cardinales,
responde el Dios verdadero.

Diego López de Cogolludo dice en su *Historia de Yucatán* que a la cabeza de las gentes que poblaron la península por el Occidente vino un sacerdote llamado Zamná, que fue el que puso nombres a los accidentes geográficos y sitios y parajes del territorio. Aunque Zamná pudiera ser nombre de persona —la voz significa probablemente «casa olorosa»—, nos inclinamos a pensar que el cronista debió escribir Itzamná, dios supremo al que menciona después. En efecto, dice que los yucatecos —según confesión de un señor principal al clérigo Francisco Hernández— rendían culto al dios Yzona, a su hijo Bacab, a su esposa Chiribías, hija de Ix Chel, y a una especie de Espíritu Santo llamado Echuah. También afirma que tenían un dios único, de nombre Hunab Ku, con un hijo Hun Ytzamna o Yaxcocahtut (López de Cogolludo, 1957, 190-192). Por supuesto, de todo este batiburrillo sincrético lo que importa ahora es anotar el papel *fundador* de Itzamná, pues Hunab Ku y él eran el mismo ser, siendo Ku sencillamente dios y Hunab Ku el énfasis en su grandeza única y tal vez en su papel creador (Cf. Thompson, 1970, 204 y 210). Yaxcocahtut puede ser un aspecto celeste de Itzamná como constelación de las Pléyades, al igual que su otro título Ekcocahtut.

A LA DERECHA Y A LA IZQUIERDA DE DIOS

Llegados aquí conviene recapitular la información que hemos presentado. En primer lugar resulta evidente que las creencias homogéneas del período Clásico, sustentadas por un sistema político rígido, centralista y despótico, y cierta uniformidad étnica, dejan paso luego del derrumbamiento de la civilización y las invasiones mexicanas, a una religión diversa —aunque fuertemente entremezclada— producto de las aportaciones de los variados grupos sociales, clanes y linajes, y étnicos que se reparten el protagonismo histórico y político a lo largo de la península yucateca, entre el río Usumacinta y el cabo Cotoche. Cabe diferenciar, sin embargo, dos niveles de religiosidad en lo que atañe a las figuras de los cultos más importantes: 1. El de las grandes agrupaciones étnicas, como los mayas antiguos, itzaes, y toltecas (a los que unimos provisionalmente con el resto de los grupos mexicanos que penetran en la escena de las tierras bajas desde mediados del

siglo x). 2. El de los linajes o clanes (en ocasiones llamados «familias» o «casas», como en el altiplano de Guatemala) ordenados según la jerarquía de rangos dentro de la unidad mayor de parentesco, por ejemplo los Cocom, los Cochuah o los Xiu.

En el primer nivel destacan tres dioses principales que dan identidad a las respectivas naciones, sin que tal cosa signifique que se desdennan los otros cultos. Así, los mayas que habitaban Yucatán antes del siglo VII es probable que adoraran preferentemente a Itzamná y sus múltiples advocaciones; los itzaes o nonoalcas que llegan en sucesivas oleadas desde la Chontalpa creemos que adoraban sobre todo a Chac; y los toltecas que invaden el territorio hacia Chichén Itzá y otros lugares parece que portan como estandarte ideológico máximo el culto a Quetzalcóatl-Kukulcán, al que pudieron adscribirse también ciertos linajes nonoalcas que penetran en el norte de la península con los mexicanos.

En el segundo nivel podemos proponer la siguiente hipótesis: mientras que los linajes ocupantes de puestos más altos en la jerarquía adoptan como númenes tutelares a los distintos aspectos de los grandes dioses étnicos —haciéndose así representantes de la totalidad del grupo, al que a menudo gobiernan—, los restantes linajes de inferior categoría reverencian a deidades locales bastante especializadas, muchas veces antepasados fundadores epónimos.

En cualquier caso, parece que todos los grupos, mayores o menores, nobles o plebeyos, construyen su integración y cohesión en torno a la figura de un ancestro divinizado. Desde el misterioso y cosmológico Itzamná, o el gigante Chac, hasta el modesto Cit Ah Coyí, por doquier surge la huella del sagrado y remoto ascendiente. Solamente en una sociedad donde las relaciones de parentesco son pieza básica del orden general tal circunstancia es lógica y natural. Por eso, datos históricos como la famosa Liga de Mayapán deben verse antes en el sentido de la alianza de tres linajes y de sus respectivos dioses que como la confederación de tres ciudades o reinos. El clan territorial o el patrilineaje local es el verdadero modelo político del Yucatán tardío.

Puesto que el sol trazaba con su itinerario eterno la forma y el semblante del cosmos maya, constituyendo consecuentemente la divinidad del orden y la vida por excelencia, podríamos terminar este ensayo dividiendo la religión del período Clásico al sur de la península de aquella que imperaba en tiempos de Hernán Cortés, especialmente en la zona norte, y diciendo gráficamente que una y otra se situaban a la derecha y a la izquierda del dios.

BIBLIOGRAFÍA

- ADAMS, R. E. W.:
1977 Comments on the Glyphic Texts of the «Altar Vase», *Social Process in Maya Prehistory*, pp. 412-420, Academic Press, Nueva York.
- ARZAPALO, Ramón:
1980 Contribución para el estudio de la religión maya a través de textos religiosos modernos, *Indiana*, 6; *Gedenkschrift Walter Lehmann*, teil 1, pp. 137-153.
- BARRERA VASQUEZ, Alfredo:
1981 La identificación de la deidad E de Schellhas, *Estudios lingüísticos: Obras completas*, tomo II, pp. 57-70, Mérida.
- BERLIN, Heinrich:
1963 The Palenque Triad, *Journal de la Société des Américanistes*, t. LII, pp. 91-99.
- COE, Michael D.:
1978 *Lords of the Underworld*, Princeton University Press, Princeton.
- GULIAEV, Valeri:
1984 Insignias reales de los mayas antiguos, *Los pueblos autóctonos de América Latina: Pasado y presente*, tomo I, pp. 83-110, Academia de Ciencias de la URSS, Moscú.
- KNOROV, Yuri:
1982 *Maya Hieroglyphic Codices*, Institute for Mesoamerican Studies, State University of New York at Albany, pub. núm. 8, Albany.
- LANDA, Diego de:
1985 *Relación de las cosas de Yucatán*, Editorial Historia 16, Madrid.
- LINGOLN, Charles E.:
1980 Izamal, Yucatán, México, *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán*, núm. 43, pp. 24-69.
- LÓPEZ DE COGOLLUDO, Diego:
1957 *Historia de Yucatán*, Editorial Academia Literaria, México.
- MOLLOY, John P., y William L. RATHJE:
1974 Sexploitation among the Late Classic Maya, *Mesoamerican Archaeology: New Approaches*, pp. 431-444, Duckworth, Londres.
- PENICHE RIVERO, Piedad:
1985 ¿Quiénes son los Itzá? Su identidad, sus dinastías y su poder sobre Yucatán. Ponencia presentada al Primer Coloquio Internacional de Mayistas, celebrado en México.
- RELACIONES:
1983 *Histórico-geográficas de la Gobernación de Yucatán*, Universidad Nacional Autónoma, México.
- RIVERA, Miguel:
1982 Tres mitos mesoamericanos de creación, *Revista de la Universidad Complutense*, 1982/3, pp. 193-203.
1985 *La religión maya* (en prensa), Madrid.
- ROBICSEK, Francis:
1979a The Mythical Identity of God K, *Tercera Mesa Redonda de Palenque*, vol. IV, pp. 111-128, Monterrey.
1979b *Smoking Gods: tobacco in Maya art, history and religion*, University of Oklahoma Press, Norman.

- ROBICSEK, Francis, y Donald M. HALES:
 1981 *The Maya Book of the Dead. The Ceramic Codex*, University of Virginia Art Museum, Charlottesville.
- ROYS, Ralph L.:
 1957 *The political geography of the Yucatan Maya*, Carnegie Institution of Washington, pub. 613, Washington.
 1965 *Ritual of the Bacabs*, University of Oklahoma Press, Norman.
 1967 *The Book of Chilam Balam of Chumayel*, University of Oklahoma Press, Norman.
- SCHELE, Linda:
 1980 Palenque: la casa del sol agonizante, *Astronomía en la América antigua*, pp. 67-83, Editorial Siglo XXI, México.
- THOMPSON, Eric S.:
 1970 *Maya History and Religion*, University of Oklahoma Press, Norman.
- TOVILLA, Martín Alfonso:
 1985 *Relación histórica descriptiva de las provincias de la Verapaz y de la del Manché del reino de Guatemala* (véase Juan de Villagutierre).
- TOZZER, Alfred M.:
 1912 A spanish manuscript letter on the lacandones in the Archives of the Indies at Seville, *Proceedings of the XVIII International Congress of Americanists*, pp. 497-509, Londres.
 1941 *Landa's. Relación de las cosas de Yucatán*, Papers of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, vol. XVIII, Cambridge.
- VILLAGUTIERRE, Juan de:
 1985 *Historia de la conquista de Itzá* (incluye como apéndice la obra de Martín Alfonso Tovilla), Editorial Historia 16, Madrid.